

# **EL SIMBOLISMO HERMÉTICO**

## **Y SU RELACIÓN CON LA ALQUIMIA Y LA FRANCMASONERÍA**

*1910*



**Oswald Wirth**

## HERMETISMO Y FRANCMASONERÍA

Como continuación de nuestro estudio sobre el cuadro alquímico de la iglesia de San Mauricio de Reims, es oportuno referirnos a un libro alemán, cuyo autor, Wilhelm Höhler, trata de demostrar que la francmasonería se relaciona estrechamente con la alquimia, o, más exactamente, con la filosofía hermética. El trabajo al cual nos referimos fue publicado por Weiss y Hameier, en Ludwigshafen, en 1905, con el título de *Hermetische Philosophie und Freimaurerei*. En realidad no es más que una selección de textos atinadamente elegidos entre los alquimistas más conocidos, como Basilio Valentín, Miguel Maier (Sendivogius), el abate Juan Tritemo, Raimundo Lulio, Rogerio Bacon, Arnaldo de Villeneuve, Juan d'Espagnet, Roberto Fludd y otros menos conocidos, como Benedictus Figulus, Egidius Gutmann, J. Stellatus, Alex von Suchten, Mylius, Janus Lacinius, Tanck, Leonhardt Thurneiser, etc. Estas citas nos han dado material para los capítulos siguientes: El Universo y el Hombre — Astrología — Teosofía — Magia — Cábala — Alquimia, este último dividido en subcapítulos: Significado de la palabra Alquimia — Los aspirantes — La tradición — Símbolos — La materia — Los trabajos — Colores, fuego, instrumentos — Oro potable — Christus lapis.

El F.: Höhler no ha querido dirigirse más que a los francmasones. Por lo tanto deja a sus lectores el cuidado de establecer las aproximaciones entre los textos alquímicos que él reproduce y las enseñanzas masónicas que deben serle familiares. Este método puede dejar perplejos a los espíritus perezosos, que jamás se han preocupado de buscar el sentido de todos los enigmas que propone la francmasonería. Por el contrario, el método responde a la exigencia de los pensadores, que, no temiendo el trabajo de reflexionar, prefieren que se les den los elementos de un problema, y no una solución formulada más o menos dogmáticamente. En el dominio del simbolismo no es necesario precisar demasiado, ya que los símbolos iniciáticos corresponden a concepciones poco aprehensibles por naturaleza, y que en modo alguno son reductibles a las definiciones escolásticas.

En último análisis, éstas no conducen más que a las palabras, entidades enteramente falaces, con las que saben jugar los sofistas. La palabra es, esencialmente, el instrumento de la paradoja. Toda tesis es defendible por la argumentación, que puede demostrar el pro tan triunfalmente como el contra. Porque, lejos de referirse a realidades efectivas, concebidas en sí mismas, toda dialéctica sólo pone en causa las imágenes verbales, fantasmas de nuestro espíritu, que se deja deslumbrar por esta falsa moneda corriente del pensamiento.

No es sorprendente, en estas condiciones, que dos filósofos opuestos se hayan dividido la intelectualidad de los siglos pasados. Un lado tomaba como punto de partida la lógica de Aristóteles y pretendía llegar a la verdad procediendo por razonamientos rigurosos, basados en premisas supuestas incontestables. Era la filosofía oriental, la que se enseñaba públicamente en las escuelas, de ahí su nombre de Escolástica.

Como antagonista tenía una filosofía que, más o menos, fue siempre oculta, porque se rodeaba de misterio y representaba sus enseñanzas bajo el velo de enigmas, de alegorías o de símbolos. A través de Platón y de Pitágoras pretendía remontarse hasta los hierofantes egipcios, y hasta el fundador mismo de la ciencia, Hermes Trismegistos, o sea Tres veces Grande, por quien la ciencia fue llamada Hermética.

Esta segunda filosofía se distinguía por pretender hacer abstracción de las Palabras, por absorberse en la contemplación de las cosas, tomadas en sí mismas, en su propia esencia. El discípulo de Hermes era silencioso: no argumentaba jamás y no buscaba convencer a nadie. Encerrado en sí mismo, reflexionaba profundamente y terminaba por penetrar así en los secretos de la naturaleza.

Se convertía entonces en el confidente de Isis y entraba en la comunión de los verdaderos iniciados: la Gnosis le revelaba los principios de las antiguas ciencias sagradas que, en consecuencia, tomaron cuerpo bajo la forma de Astrología, de Alquimia, de Magia y de Cábala.

Estas ciencias, actualmente consideradas como muertas, se aplican todas a un mismo objeto: el discernimiento de las leyes ocultas que rigen el universo. Se diferencian de la Física, ciencia oficial de la naturaleza, por su carácter a la vez misterioso y más trascendente; así, constituyen todas en su conjunto una especie de Hiper-Física, llamada con más frecuencia Filosofía Hermética.

Lo que distingue además a esta filosofía es que no se contenta con ser puramente especulativa. En efecto, siempre ha perseguido un fin práctico, tenía en cuenta un resultado efectivo, su ambición suprema era lo que se dio en llamar la realización de la Gran Obra.

Aquí se impone una comparación con la Francmasonería, que parece ser una transfiguración moderna del antiguo Hermetismo. El simbolismo masónico constituye en efecto una extraña mezcla de tradiciones tomadas de las antiguas ciencias iniciáticas. Toma en cuenta el valor cabalístico de los nombres sagrados y rige el ceremonial según los principios mismos de la Magia; por otra parte, dispone del Sol, la Luna y las Estrellas, tal como lo desea la Astrología. Pero es la Alquimia filosófica, tal como la concebían los Rosacruces del siglo XVII, la que presenta las analogías más sorprendentes con la Masonería. Hay, de una y otra parte, identidad de esoterismo, los mismos dominios iniciáticos se traducen por alegorías tomadas,

las unas a la metalúrgica, y las otras al arte de construir. La Francmasonería no es, desde este punto de vista, más que una transposición de la Alquimia.

Un lector prevenido encuentra numerosas pruebas en los textos citados por F.: Höhler. Creemos, sin embargo, que él procedió con demasiada discreción y, para dar un paso adelante en el asunto, abordaremos, en las páginas que siguen, francamente la cuestión.

Para restringir este estudio no nos ocuparemos más que del ritualismo de la Masonería clásica, llamada de San Juan, que no tiene más que tres grados. Esto nos permitirá, del punto de vista alquímico, hacer abstracción de los símbolos considerados en sí mismos, para dedicarnos exclusivamente a las operaciones sucesivas que llevan a la realización de la Gran Obra.

Al no hacerse nada con nada, el punto de partida de la obra filosófica es el descubrimiento y la elección del sujeto. La materia a considerar, dicen los alquimistas, es muy común y podemos encontrarla en cualquier parte; lo único necesario es saberla distinguir y en esto reside toda la dificultad. Hacemos continuamente la experiencia de la Masonería, pues a veces emprendemos experiencias profanas que deberíamos haber rechazado de antemano, si hubiéramos sido lo bastante perspicaces.

Toda madera no es buena para hacer un Mercurio. La Obra sólo puede tener éxito cuando se ha logrado encontrar un sujeto conveniente. Por eso la Masonería multiplica las investigaciones antes de admitir un candidato a las pruebas.



Se inician en primer término por la limpieza de los metales. La Alquimia recomienda, una vez discernida la materia propicia, una vez minuciosamente examinada y reconocida, limpiarla exteriormente, para librarla de todo cuerpo extraño que pudiera adherirse accidentalmente a la superficie. En suma: la materia debe ser reducida a sí misma.

Y es de manera análoga que el recipiente es llamado a despojarse de todo lo que posee artificialmente: él también debe quedar estrictamente reducido a sí mismo.

En este estado de inocencia primitiva, de candor filosófico reencontrado, el sujeto es encerrado en un espacio reducido, donde no penetra ninguna luz exterior. Es el Gabinete de Reflexión, que corresponde al recinto del alquimista, a su Huevo Filosófico herméticamente cerrado. El profano encuentra allí la tumba tenebrosa, donde voluntariamente, debe morir a su existencia pasada. Descomponiendo las capas que se oponen a la libre expansión del germen de la individualidad, esta muerte simbólica es prelude del nacimiento del ser nuevo, que será el Iniciado. Este nace de la putrefacción, representada por el color negro de los alquimistas.

El ritual masónico establece que, entre los objetos encerrados en la cámara de reflexiones, debe haber dos recipientes conteniendo el uno Sal y, el otro Azufre. ¿Por qué?. Era imposible contestar sin dirigirse a la teoría de los tres principios alquímicos: Azufre, Mercurio y Sal.

El Azufre Q corresponde en efecto a la energía expansiva que parte del centro de todo ser (Columna J.: rojo, iniciativa individual). Su acción se opone a la de Mercurio ♀ que penetra en todas las cosas por una influencia que proviene del exterior (columna B.: blanca, receptividad, sensibilidad). Estas dos fuerzas antagónicas se equilibran en la Sal G principio de cristalización, que representa la parte estable del ser, aquella donde la condensación se efectúa en la zona donde las emanaciones sulfurosas escapan a la comprensión mercurial ambiental.



Por sumarias que sean estas indicaciones no justifican menos la práctica ritual en lo concerniente a la Sal y el Azufre. La exclusión de Mercurio se impone en efecto, porque el Recipendario de realizar el aislamiento total. Para llegar a conocerse, según el principio socrático **Gnw qi seauton** es necesario que haga abstracción de todo lo que le es exterior, a fin de absorberse en sí mismo y de encontrarse finalmente en presencia del centro de su individualidad.

Esta operación corresponde a la prueba de la Tierra, representada poéticamente por un descenso a los Infiernos, a la cual hace alusión la palabra **VITRIOLO**, cuyas letras forman las iniciales de una fórmula muy querida para los alquimistas: **VISITRA INTERIORA TERRAE RECTIFICANDO INVENIES OCCULTUM LAPIDEM**. Visita el interior de la Tierra (las tinieblas infernales, el Scheol de los judíos, el Aral de los caldeos) y, rectificando (por medio de purificaciones integrales y reiteradas) encontrarás la Piedra Escondida.

Esta piedra es un símbolo esencialmente masónico, y es probable que los alquimistas hayan tomado este emblema de los Iniciados constructores.

En efecto, normalmente una piedra no está en su lugar en un simbolismo de metalurgistas; por el contrario, es natural que sea limpiada y cuidadosamente

tallada y pulida por los masones. Por otra parte, éstos tienen muchos menos misterios en relación a su Piedra que los hermetistas. Por esto declaran sin ambages que su Piedra bruta es el mismo Iniciado en su primer estado. Este se adiestra en tanto que Aprendiz, a fin de tener merecimientos para llegar a ser Compañero, por el solo hecho de su transformación en Piedra cúbica. Rectangulada rigurosamente, esta Piedra posee, al menos en potencia, todas las virtudes de la famosa Piedra filosofal. Pero es menester poseer el Arte integralmente, ser Obrero perfecto o Maestro, para realizar las transmutaciones.

Naturalmente, éstas no se aplican a la producción de tesoros de un valor puramente convencional. Se trata aquí de realizaciones mucho más preciosas que las que pueden tentar a los codiciosos.

Dejado a sí mismo, privado de toda ayuda, el sujeto encerrado en el Huevo filosófico no demora en ser presa de la tristeza. Languidece: sus fuerzas lo abandonan, y empieza la descomposición. Bajo la influencia de ésta, lo sutil se desprende de lo espeso. Es la primera fase de la prueba del Aire. Después de descender hasta el centro del mundo, donde están las raíces de toda individualidad, el espíritu asciende: se eleva, aligerado del *caput mortuum* que está ennegrecido en el fondo del vaso hermético. Este residuo está representado por las vestimentas, de las cuales ha debido librarse el recipiendario para salir de su in pace. Ahora podrá abrirse un camino en medio de la oscuridad, sin dejarse asustar por los obstáculos que se multiplican. Las alturas atraen: huyendo del infierno, él quiere ganar el cielo y se empecina en subir la pendiente abrupta de la montaña ideal, cuya cumbre debe resplandecer de luz.

Su ascenso se ve interrumpido por una terrible tormenta, que estalla bruscamente. Estalla el trueno y el torbellino de un huracán envuelve al temerario, que, precipitado a través de los aires, es arrastrado hasta su punto de partida.

Es ésta una imagen de la circulación que se establece en el vaso cerrado del alquimista, recipiente al cual corresponde la Logia, cubierta por lo general. El recipiente, sometido a las pruebas, reproduce a su manera el desdoblamiento del sujeto alquímico, cuya emanación volátil se desprende a medida que se eleva, hasta que el frío de las alturas la condensa. De aquí surge una lluvia que lava el residuo pútrido, cuya ablución progresiva aparece en la Alquimia con el nombre de purificación por el agua, que él mismo realiza, en la masonería, después de abandonar la tumba funeraria en la cual ha debido morir simbólicamente. Si no puede evitarse cierta confusión al respecto, esto se debe a que las operaciones de la Gran Obra se realizan todas en el mismo vaso, mientras que las distintas fases de la iniciación masónica se desarrollan en una serie de locales apropiados. Esta divergencia es insignificante desde el punto de vista esotérico, pero es menester tenerla en cuenta cuando se establecen relaciones entre los símbolos usados por unos y otros.

Alternativamente evaporada por la acción del fuego, después condensada por el frío, el Agua atraviesa incesantemente la parte terrosa del sujeto, al cual los lavados repetidos hacen pasar insensiblemente del negro al gris y finalmente al blanco, no sin antes hacerle adquirir, en un momento dado, toda la gama de brillantes matices de la cola del pavo real.

Cuando alcanza el blanco, la materia purificada es muy preciosa. Es el símbolo del sabio que sabe resistir a todos los impulsos. Pero es muy importante no contentarse con las virtudes negativas únicamente; queda por soportar la prueba del Fuego.

Para el alquimista se trata de la calcinación del sujeto, que es expuesto a un calor tan intenso que todo en él se quema, a pesar de que la destrucción sólo alcanza a la parte de él que debe ser destruida.

Desde el punto de vista iniciático, esta parte está formada por los gérmenes de pasiones mezquinas, los indicios de estrecho egoísmo, los residuos de bajeza o de corrupción. La Sal queda completamente purificada: su transparencia es perfecta, pues ya ninguna sustancia extraña se mezcla a los cristales. Mientras el Recipiendario no alcanza el estado correspondiente, no lo alcanza la luz masónica. Es necesario, pues, que se concluya el ciclo de sus purificaciones para que la venda simbólica le caiga de los ojos, pues la claridad no puede penetrar en él si no se vuelve permeable a su irradiación. Todas las pruebas de primer grado toman en cuenta esta permeabilización de las envolturas terrestres o salinas, que aíslan al centro del fuego interno, fuente del ardor sulfuroso o individual. Liberar la luz interior, exaltarla, para quebrar la costra que la oculta y tiende a sofocarla, tal es el programa de la Obra Simple o de la Medicina de Primer Orden, o sea del grado de Aprendiz.

Este grado se limita a hacernos ver la Luz exterior o universal. Nos pone sencillamente en relación con esta fuente de iluminación en que debemos, como Compañeros, inspirarnos en la Gnosis, con todas sus prerrogativas iniciáticas. Trayendo hacia nosotros y saturándonos de esa Luz ambiente, que Paracelso llamó sideral o astral, obtendremos el color rojo de la Obra, el cual es un signo de realización de la Piedra perfecta, que llamamos cúbica.

La Piedra filosofal es una Sal G perfectamente purificada, que coagula al Mercurio □ a fin de fijarlo en un Azufre Q extremadamente activo.

Esta fórmula sintética resume la Gran Obra en tres operaciones que son la purificación de la Sal G, la coagulación del Mercurio ♃ y la fijación del Azufre Q.

Hemos indicado aquí las fases de la primera de las operaciones, que en masonería se vinculan con el grado de Aprendiz. Nos queda por demostrar la forma en que la Obra prepara para el grado de Compañero, y cómo termina con la Maestría. Este último grado nos aparece como la coronación de la jerarquía

iniciática, lo que parece negar todo valor a los grados llamados superiores, que muchas veces han sido representados como agregados inútiles y perniciosos.

De pasada, conviene poner a este respecto las cosas en su sitio.

La totalidad del esoterismo masónico se concentra en los tres grados que llaman de San Juan, si sabemos comprenderlos en toda su amplitud. Por desgracia, son estos grados demasiado profundos, y por lo tanto, no están al alcance de las inteligencias medias. Por lo tanto, fue en atención a los espíritus mediocres que los grados se multiplicaron durante el curso del siglo XVIII. Extrayendo el contenido esotérico condensado en los tres primeros grados, ha habido un esfuerzo por que se comprendiera, empleando nuevas formas y recurriendo a alegorías variadas, los fundamentos de la doctrina, olvidando las imágenes que se refieren propiamente al arte de la construcción. Es así que se ha pretendido que los grados elevados eran caballerescos, templarios, alquímicos, cabalísticos, etc., en una palabra: todo menos masónicos.

Si no fuera necesario considerar a la masonería nada más que desde el punto de vista abstracto o teórico, estos críticos severos, que han protestado contra la “embriaguez de las altas cumbres”, tendrían mucha razón. Pero hay que tomar en cuenta las contingencias, y mostrarse indulgente con lo que trata de ayudar a la debilidad humana. La mayor parte de los adeptos del Arte Real se contentan con recibir los grados simbólicos; pero, como no llegan a asimilarlos, nunca los poseen efectivamente. Ellos están en posesión de un tesoro, pero ignorar el valor del mismo y no le sacan partido. Ahora bien, los grados elevados no tienen otra misión fuera de hacer comprender esotéricamente los tres grados fundamentales de la francmasonería.

No tienen la pretensión de revelar secretos nuevos, extraños a la masonería simbólica: toda su ambición se limita, al contrario, a comprender bien a ésta, a valorizarla en el espíritu de sus adeptos, a convencerlos de la importancia del Aprendizaje, para que se conviertan en Compañeros de verdad, que puedan aspirar a la verdadera Maestría. Este último grado corresponde necesariamente a un ideal que se nos propone, al cual debemos tender, aunque su realización no está a nuestro alcance. Nuestro Templo no se podrá terminar nunca, y nadie puede aspirar a que resucite plenamente en él el auténtico y eterno Hiram.

Volvamos ahora a las operaciones de la Gran Obra.

Hemos visto que la purificación integral de la Sal r es realizada por el masón en el curso de su Aprendizaje. Terminada esta purificación, empieza la Camaradería. Entonces se manifiesta el color rojo, que es el que el ritual atribuye a las tinturas de la cámara de los Compañeros. El adepto del 2do. grado debe exteriorizar, efectivamente, su ardor sulfuroso F, su Fuego interior, constructivo y realizador, al cual alude la columna J., activa, roja y masculina. Como es lógico, el Aprendiz recibe su salario junto a esta columna, a la cual llega después de cumplir



su aprendizaje. Para vencer en sus pruebas, ha tenido que desarrollar una actividad constante, a fin de rechazar las influencias exteriores que tendían a dominarle. La prueba del Fuego entraña la exaltación del Azufre F, cuyo ardor penetra en el Recipiente, a fin de constituir finalmente en él una atmósfera ígnea. En estas condiciones, el rojo conviene sin duda al mismo Aprendiz, y aún más a la columna J., a la cual debe acercarse para ser recibido como Compañero. Pero la Logia del primer grado debe estar cubierta de azul, pues representa al Universo en su inmensidad ilimitada.

En cuanto a la Cámara del Compañero, techada de rojo, representa un dominio mucho más restringido: la esfera de acción de nuestra individualidad medida por la extensión de nuestra radiación sulfurosa.

Esta radiación engendra una especie de medio refringente, que refracta la luz difusa ambiente para concentrarla en el centro espiritual del sujeto. Este es el mecanismo de la iluminación, del cual se benefician los que han visto brillar la Estrella Resplandeciente.

La Iniciación se convierte en la vestal de este Fuego interior, Principio de toda individualidad. Sabe mantenerlo mientras éste yace bajo las cenizas; después aprende a alimentarlo en forma apropiada y lo atiza finalmente para que venza los obstáculos que lo rodean y que pretenden reducirlo al aislamiento. En efecto, es importante que el Hijo se ponga en relación con el Padre, que el Interior F comunique con el Exterior, es decir, que el individuo entre en comunión con la Colectividad de la cual proviene.

Librados únicamente a nuestros recursos personales, sólo podemos obrar sobre nosotros mismos. Asimismo, esto es lo que se nos pide en nuestra condición de Aprendices. Pero una vez que nuestra Piedra bruta está desbastada, tallada y pulida de acuerdo con las reglas, ya no tenemos que ocuparnos de nuestra personalidad que, desde el punto de vista de la purificación de la Sal r, es ya lo que debe ser.

Pero en cuanto está perfeccionado el instrumento de acción, debemos actuar sobre lo que nos es exterior e iniciar así el trabajo propiamente dicho, al cual nos dedicamos como Obreros o Compañeros.

Pero lo que realizaríamos en nuestra condición de tales sería insignificante: debemos poseer el secreto de apelar a fuerzas que son exteriores a nosotros. ¿En dónde absorber estas fuerzas misteriosas?. ¿No será en la Columna B., cuyo nombre significa: En él está la fuerza?. Elevada ante el norte, frente a la luna, de la cual refleja la blancura suave y femenina, esta columna corresponde al Mercurio de los alquimistas, principio de esa esencia vivificante que penetra en los seres para animar continuamente en ellos el ardor central F.

Cuando este ardor se exterioriza con violencia, como lo exige la rubefacción de la materia (prueba del Fuego), surge en el centro un vacío relativo que, obrando

como un imán, ejerce una atracción sobre el Acero de los Sabios F. Esta sustancia, cuyo ideograma combina el Azufre con el Alumbre 9, o el Fuego con el Antimonio, corresponde al manto llameante que envuelve al Iniciado cuando es purificado por el Fuego. Es la atmósfera etérea o el nimbo ígneo, que sirve de receptáculo a las virtudes superiores. Los adeptos han visto en él “la clave de toda la obra filosófica, el milagro del mundo, que Dios ha marcado con su sello”. Y añaden que es la mina de oro filosófica, un espíritu primordialmente puro, un fuego infernal y secreto, muy volátil en su género, asimilable a la quintaesencia de las cosas del Universo.

Este Fuego exteriorizado o celestial es uno de los dos aspectos actuales, o efectivamente activos, de la Gran Obra; el otro es el Fuego central, que se exalta hasta el punto de ser atractivo para el primero, como un imán. Se establece entonces una circulación, por la cual los dos agentes se reducen a uno solo, que es el Fuego filosófico, del cual se habla en la Mesa de Esmeralda, cuando allí leemos: “El (el agente hermético por excelencia) sube de la Tierra al Cielo y después baja del Cielo a la Tierra, y recibe la fuerza de las cosas de arriba y de abajo. Tendrás así la gloria del universo entero; de este modo, toda oscuridad te abandonará. En esto reside la fuerza bruta de toda fuerza que habrá de vencer todas las cosas sutiles y habrá de penetrar toda cosa sólida”.



El Fuego filosófico es mantenido por el Azufre rojo de los Sabios, cuya imagen es el Fénix que renace continuamente de sus cenizas. Si este pájaro fabuloso, de plumaje escarlata, era consagrado al Sol, es porque representaba el principio de la fijeza individual. Además, desde el punto de vista iniciático, simboliza en forma más especial, la inmutabilidad adquirida por el adepto, cuya iniciativa individual se ejerce en perfecto acuerdo con la impulsión que todo constructor recibe del poder regulador de la construcción universal, dicho de otro modo, del gran Arquitecto del Universo.

Para el Compañero que tiene la ambición de saber trabajar, se trata de transformar al Fénix. Si no lo logra, no será nunca más que un obrero mediocre, y es justamente por esto que se dirá de él: “no es un Fénix”.

Por otra parte, trabajar no quiere decir agitarse mucho, gastando brutalmente las fuerzas, como los cíclopes, cuya falta de discernimiento está simbolizada por el ojo único que les atribuye la mitología. El Iniciado trabaja con inteligencia, iluminado por esa comprensión que le permite asimilarse a la Gnosis. En esto no ha de ser siempre activo (como el cíclope) pues para entender es necesario volverse

pasivo o receptivo desde el punto de vista intelectual. La condición indispensable de toda acción fecunda es la combinación acertada de la actividad y la pasividad.

Es por esta razón que el Compañero debe poseer profundamente la teoría de las dos columnas, mientras que el Aprendiz sólo tiene que conocer la suya, cuyo nombre deletrea penosamente.

El Iniciado, que en cierto sentido se vuelve andrógino, porque en él se unen la energía viril con la sensibilidad femenina, se representa en alquimia con el Rebis (de resbina, la cosa doble). Esta sustancia, a la vez masculina y femenina, es un Mercurio ♀ animado por su Azufre F y transformado por ello en Azoe ♀, es decir, en esa Quintaesencia de los elementos (quintaesencia, simbolizada por la Estrella Resplandeciente).

Conviene observar que este astro siempre está colocado de tal manera que recibe la doble irradiación del Sol masculino s y de la Luna femenina; su luz tiene por lo tanto una naturaleza bisexuada, andrógina o hermafrodita. Por otra parte, el Rebis corresponde a la Materia preparada para la Obra definitiva, o sea al Compañero que se ha hecho digno de elevarse hasta la Maestría.



En este sentido, nada es más curioso que un pentáculo aparecido hacia 1659-60 en el tratado del Azoe que continúa las Doce claves de Filosofía del hermano Basilio Valentín, religioso de la Orden de San Benito. Como puede juzgarse por la copia que mostramos aquí del grabado en madera original, el Andrógino alquímico aparece como triunfador del dragón de la vida elemental, o sea como Iniciado de segundo grado, vencedor del cuaternario de los elementos. Una de sus cabezas está gobernada por el Sol s (Razón) y la otra por la Luna ☾ (Imaginación); entre ellas se muestra la estrella de Mercurio ♀ (Inteligencia, Comprensión, Gnosis). Marte ♂ y Venus ♀ (Hierro y Cobre, metales duros) ejercen luego su influencia sobre el lado derecho (actividad); el lado izquierdo (pasividad) recibe influencia de Júpiter ♃ y de Saturno ♄ (Estaño y Plomo, metales blandos). Marte ♂ (Energía, Movimiento, Acción) está por otra parte en relación directa con el brazo derecho, que golpeando, ejecuta el acto decidido, mientras que el brazo izquierdo, que tiene la misión de retener la escuadra firmemente, y de mantener moralmente, se vincula a Júpiter ♃ (Conciencia, Respeto de sí mismo). En todo esto no habría más que hermetismo puro si no fuera que para subrayar la dualidad unificada del Rebis, su personificación tiene en la mano derecha un Compás (Verdad, Razón, Intelectualidad) y en la izquierda una Escuadra (Equidad, Sentimiento, Moralidad).

Uno se sorprende de encontrar estos emblemas típicos del arte real en un opúsculo que pretende enseñar “la manera de hacer el oro oculto de los filósofos” y cuyo autor vivía en una época muy anterior al renacimiento de la francmasonería moderna.

El adepto no puede realizar el Rebis sin haber dominado las atracciones elementales. Todo lo que en él hay de inferior, de brutal y de bajamente instintivo debe ser domeñado antes de que le sea permitido llamar al Fuego del Cielo para incorporárselo. En otras palabras, se trata de sobrepasar la animalidad para poner al Hombre propiamente dicho en posesión de sí mismo. Ahora bien, el Pentagrama o la Estrella Resplandeciente son justamente emblemas del Hombre librado de todo lo que le impide ser Hombre únicamente, y plenamente Hombre.

Los cinco puntos de esta figura, llamada también Estrella del Microcosmos, corresponden a los cuatro miembros y a la cabeza del hombre.

Y de la misma manera que los miembros ejecutan lo que la cabeza ordena, el Pentagrama también es símbolo de la voluntad soberana, a la que nada puede resistirse, siempre que sea inquebrantable, justa y desinteresada.



Para que la estrella de cinco puntas conserve esa significación, es necesario que se la trace de manera que pueda dibujarse dentro de ella una figura humana en posición normal, con la cabeza en alto. Al revés, toma un sentido diametralmente opuesto.

No es ya el Pentalfa luminoso o Estrella de los Magos, emblema del genio humano y de la libertad, sino más bien el oscuro astro de los instintos groseros, de los ardores lúbricos que subyugan a los animales; se ve en ella el esquema de una cabeza de macho cabrío.



Desde el punto de vista iniciático, poseer el Compañerazgo significa ya poder realizar lo que el vulgo llama milagros. Provisto de la Regla y de la Palanca, el Iniciado levanta el mundo, el mundo moral, naturalmente, que es por otra parte, el único que importa levantar.

¿Qué hará el Maestro luego?. Se identificará con el Gran Arquitecto del Universo, para actuar en El y por El. Evidentemente se trata de la mística pura, estoy de acuerdo. Pero esto tiende a probar que la mística religiosa concuerda en sus finalidades con la alta iniciación. Procediendo por los tres caminos sucesivos, llamados purgativo, iluminativo y unitivo, la mística no es menos lógica que

imponiendo sus modificaciones que, si estuvieran bien comprendidas, cumplirían la misma finalidad que las pruebas iniciáticas. Mortificarse — la palabra lo dice — significa morir para alguna cosa. Dos veces se nos impone la muerte en la Masonería, una vez al principio de nuestra carrera, en el Gabinete de Reflexión, después en el momento de la iniciación definitiva y completa en la Cámara del Medio.

Esta segunda muerte corresponde al cumplimiento de la Gran Obra. Equivale al sacrificio total de sí mismo, basado en la renuncia a todo deseo personal. Es la extinción del Egoísmo radical, que provoca la caída adánica, ejerciendo sobre la espiritualidad la Atracción original, para determinarla a que se incorpore a la materia. El Yo estrecho, mezquino, se desvanece frente al Ser superior, impersonal, que simboliza Hiram. El pecado mítico del Adán universal es así rescatado. Porque no hay que equivocarse: el Arquitecto del Templo es para el Gran Arquitecto del Universo lo que el Verbo encarnado, o Cristo, es para el Padre Eterno de la concepción cristiana<sup>1</sup>.

La fijación del Azufre filosófico, llamado de otro modo Matriz, está representado por el suplicio de Prometeo, encadenado al Cáucaso por haber robado el Fuego del Cielo, y también por el Cristo Redentor, colgado de tres clavos al cuaternario de las ramas de la cruz.

El Tarot no es menos explícito en este sentido. Su duodécima llave nos ofrece, en efecto, la imagen de un Colgado que se balancea sonriente entre el cielo y la tierra. Está unido por el pie izquierdo a un travesaño que sostienen dos árboles sin ramas, que corresponde a las columnas J.: y B.:.

La Cabeza y los brazos forman un triángulo al revés, que se eleva sobre una cruz formada por la pierna derecha plegada detrás de la izquierda, conjunto que forma así el signo clásico de cumplimiento de la Gran Obra. Este extraño condenado lleva dos bolsas, de donde escapan monedas de oro y plata. Son los tesoros de su inteligencia, porque ese soñador que parece reducido a la impotencia, porque sus manos están atadas, siembra de todos modos las ideas fecundas de las cuales surgirá el porvenir.

Este es también el papel del Maestro, que, para dirigir útilmente el trabajo de la construcción universal, debe entrar en una estrecha comunión de intención y de voluntad con el Gran Arquitecto. Es aquí llamado a realizar el ideal místico del Hombre-Dios, que está investido de soberano poder espiritual, en razón de su desprendimiento de las cosas de abajo<sup>2</sup>. No siendo ya esclavo de nada, se convierte en amo de todo y su voluntad sólo se ejerce en perfecto acuerdo con la voluntad que rige el Universo.

---

<sup>1</sup> El Dr. Lauer señala en este sentido las siguientes correspondencias: Hiram – Hermes – Logos – Cristo – JHSVH; G.: A.: de la U.: – Zeus/Pater – Demiurgo – Padre – JHVH.

<sup>2</sup> Y de su unión con las cosas de arriba, como lo indica el *Colgado*.

Colocado entre lo Abstracto y lo Concreto, entre la Inteligencia creadora y la Creación objetiva, el Hombre así concebido aparece como Mediador por excelencia o el verdadero Demiurgo de las escuelas gnósticas. Pero en este sentido, no bastará llevar la luz a su fuente primordial, le es necesario todavía estar unido de manera estrecha a los obreros que debe formar y dirigir. El vínculo indispensable es aquí el de la simpatía. El maestro debe hacerse amar, y no podrá tener éxito más que amando él mismo con una generosidad que lo lleve hasta la devoción absoluta, hasta el sacrificio de sí mismo.



El Pelicano es desde este punto de vista el emblema de esa caridad, sin la cual, en la iniciación, todo sería irremediablemente vano.

Los dones más brillantes de la inteligencia y de la voluntad no harán nunca otra cosa que un falso mago del adepto que no haya cultivado las cualidades de su corazón. En cuanto a la recompensa de aquel que por el sentimiento se ha elevado tanto como por la ciencia, reside en la Escuadra de Salomón.



Los dos triángulos entrelazados forman la Estrella del Macrocosmos o del Mundo en Grande. Simbolizan la unión del Padre y de la Madre, de Dios y de la Naturaleza, del Espíritu único y del Alma universal, del Fuego procreador y del Agua generadora. Es el pentáculo por excelencia, el signo del poder al cual nada resiste, y que poseeremos si alcanzamos efectivamente el grado de Maestro.

